

DESEMBARCOS ESPAÑOLES EN LAS ISLAS BRITÁNICAS (1579-1601)

Agustín Ramón RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
Círculo Naval Español



NO de los mitos más extendidos entre los aficionados a la historia naval es el de que las costas británicas, gracias a su magnífica Marina, se han visto por completo libres de ataques enemigos desde al menos la decisiva batalla de Hastings, en 1066, cuando los normandos conquistaron el reino.

Que tal mito no se sostiene con alguna seriedad lo demostraron algunos siglos después, pero aún en plena Edad Media, los almirantes castellanos Sánchez Tovar y Pero Niño, especialmente el primero, al desembarcar reiteradamente en Inglaterra, tomar y arrasar ciudades como Dover, Folkestone, Porsmouth, Plymouth y Darmouth entre otras, o remontar el Támesis hasta Gravesend, a la vista de Londres, e incendiarlo, hechos todos ocurridos entre 1374 y 1379.

Pero no vamos a tratar ahora de aquellas operaciones, sino de otras más cercanas en el tiempo, pertenecientes a la larga lucha que enfrentó a Isabel I Tudor con Felipe II en primer lugar, y con su hijo Felipe III, hasta la paz de 1604. Por un lado son campañas mucho mejor conocidas que las medievales, por otro, su estudio nos revelará no pocas enseñanzas sobre las operaciones anfibas y sobre la estrategia española de la época. Por último, ayudará a mostrar una imagen de ese conflicto hispano-inglés que tiene poco que ver con muchos de los tópicos que se han venido aceptando desde entonces.

Smerwick, 1579

La creciente presión de Inglaterra sobre Irlanda provocó la natural respuesta de los irlandeses, deseosos de salvaguardar su independencia y su religión frente a los invasores. Uno de aquellos rebeldes, James Fitzmauri, viajó a Roma y obtuvo bula del Papa desposeyendo a Isabel Tudor de la corona, y su apoyo para preparar una expedición libertadora. Ésta se organizó rápidamente, con voluntarios irlandeses e italianos (seguramente muchos de ellos súbditos de Felipe II), zarpando de Civitavecchia en el verano de 1579. No debían de ir muy preparados los entusiastas cruzados pontificios, pues al costear Galicia



El castillo de Dunboy, última resistencia hispano-irlandesa.

las embarcaciones naufragaron, aunque salvándose la mayor parte de las vidas.

Su Santidad rogó a Felipe II que hiciera lo posible para que la expedición llegara a buen fin, y el rey, considerando la «guerra irregular» que venía sufriendo ya desde hacía años por los corsarios ingleses, decidió prestarle su apoyo aunque, siempre prudente, no echó toda la carne en el asador.

Poco después zarpaban de nuevo los 1.500 hombres, con la inclusión de unos 400 voluntarios españoles, y con armas para 4.000, que esperaban se les unirían en cuanto tocaran tierra. Fueron conducidos por Juan Martínez de Recalde a bordo de ocho naos y cuatro pataches, dando fondo sin mayor problema en Smerwick, puerto de Kerry, en la costa oeste de la isla.

Sin embargo, allí les esperaba una gran desilusión: pese a todas las promesas y las largas conspiraciones,

la población no les ofreció el apoyo en que confiaban, por lo que la misión se revelaba tan inútil como peligrosa. Entendiéndolo así, Recalde abandonó aquellas aguas con buena parte de los voluntarios, incluidos unos trescientos españoles, quedando sólo unos 700, de los que unos ochenta eran españoles.

Decididos a todo, se fortificaron en el llamado «Castillo del Oro», a la entrada del puerto de Lymbrik, donde no tardaron en ser asediados por mar y tierra por fuerzas muy superiores. Al fin, después de muchos meses de resistencia, el jefe de los sitiados, Sebastián de San Giuseppe, decidió capitular en contra de la opinión de la tropa, efectuándose la entrega el 9 de noviembre de 1580.

Nunca lo hubiera hecho, pues confiados los prisioneros al luego famoso Walter Raleigh, éste separó a una veintena para obtener rescate, ordenando matar al resto a horca y cuchillo, haciendo tabla rasa de las capitulaciones y del mínimo sentido de humanidad.

Pero, y pese a su trágico fin, la mal organizada expedición había mostrado que las costas enemigas eran alcanzables sin problemas y que incluso una expedición mal organizada y mandada tenía grandes posibilidades de éxito si sólo unos centenares de hombres habían resistido al contraataque inglés en un asedio de casi un año. El hecho sentó un precedente para el futuro, como veremos.

Cornualles, 1595

Siguiendo un orden cronológico, deberíamos hablar aquí de la Armada de 1588, mal llamada «Invencible», pero creemos que el lector ya conoce la cuestión, que por otro lado se sale de los estrechos límites de este trabajo. Sólo recordar que el plan de Felipe II de enviar una escuadra al Canal de la Mancha, como escolta del cuerpo de desembarco en Flandes de Alejandro Farnesio, presentaba problemas de toda índole que le hacían poco menos que impracticable con los medios de la época. Entre las muchas carencias cabe destacar el de una buena base en la zona en la que se pudieran reunir escuadra y convoy.

Algo de eso se obtuvo años después de forma inesperada al estallar la guerra civil en Francia se pudo disponer del puerto de Blavet, cerca de Brest. Allí se apostaron fuerzas ligeras españolas para atacar el tráfico inglés y holandés por aquellas aguas, especialmente los filibotes y zabras al mando de don Pedro Zubiaur y una escuadrilla de cuatro galeras al de don Diego Brochero.

Sorprendentemente, y pese a sus conocidas limitaciones para navegar y combatir en aquellas aguas y contra tales enemigos, las galeras obtuvieron continuos éxitos, obligando a sus desconcertados enemigos a improvisar buques parecidos con los que enfrentarlas. Pero si algo habían mostrado las galeras en siglos de lucha en el Mediterráneo era que se trataba de magníficos buques anfibios, por su escaso calado, facilidad de maniobra e independencia del viento. Sin hacer uso apenas de las embarcaciones auxiliares, podían acercarse a una playa y desembarcar su guarnición rápidamente por la tamboreta, mientras sus piezas de proa barrían cualquier oposición. Eran, en suma, embarcaciones ideales para dar golpes de mano anfibios.

Tal y como se pensó se hizo: en julio de 1595 las cuatro galeras, al mando de Carlos Amézola, zarparon de Blavet, saquearon algunos pueblos hugonotes franceses para aprovisionarse e hicieron rumbo a las costas de Cornualles.

Sin encontrar enemigo alguno en la mar desembarcaron 400 arcabuceros y algunos piqueros en Mouse Hole, saqueándolo e incendiándolo, y pasaron luego a hacer lo mismo en Pensans y Newlin, donde ocuparon un pequeño castillo, tomaron la pieza que lo defendía y apresaron tres mercantes con rica carga. A todo esto, la alarma había cundido entre los habitantes, reuniéndose una milicia de unos 1.200 hombres que no se decidió a enfrentarse a aquellos invasores tan aguerridos. Los españoles, en un gesto de desafío, celebraron una misa en el terreno ocupado, e hicieron saber a todos que volverían y edificarían allí una abadía. Después, con toda tranquilidad embarcaron y volvieron a su base, no sin hundir por el camino dos buques holandeses de un convoy de 46 naves que encontraron en la travesía.

La tan atrevida como exitosa incursión tuvo al menos una continuación, cuando poco después el capitán Martín de Oleaga, con sólo dos pataches, volvió a desembarcar, con nuevos incendios, saqueos y presas de mercantes.

Cabe imaginar el impacto en la corte británica de aquellas incursiones, que mostraban tanto la indefensión de sus costas como la impunidad con que se retiraron los incursores. Y nada aseguraba que tales hechos no se volvieran a repetir aún más desastrosamente.

Ello explica que se decidiera apoyar a los hugonotes franceses en sus desesperados intentos por reconquistar Blavet, empresa fracasada por la heroica resistencia de los españoles al mando de don Juan del Águila en tierra y de Zubiaur, Brochero, Bertendona y Villaviciosa por mar, y en la que, entre otros, murió el almirante inglés Frobisher.

Y lejos de mejorar, la situación de los aliados empeoró sensiblemente cuando el 16 de abril de 1596 las tropas españolas ocuparon Calais: la gran base para el ataque a las costas británicas estaba ahora disponible.

Las expediciones de 1596 y 1597

Pero los planes ya se habían madurado con anterioridad; en octubre de aquel mismo año zarpaba una gran flota de 100 buques, al mando de Martín de Padilla, con 9.000 españoles y 3.000 portugueses, rumbo a las costas de Irlanda, para apoyar a los rebeldes. Sin embargo, la flota partió en mala estación, debido a los retrasos impuestos por el rey y la burocracia, siendo sorprendida el día 28 por un huracán frente a las costas gallegas, perdiéndose 32 embarcaciones (casi todas ligeras) y cerca de 2.000 hombres.

Al año siguiente la flota fue reforzada hasta las 136 embarcaciones y 24 carabelas, con no menos de 12.500 hombres, de los que 8.600 eran soldados de los tercios viejos de Nápoles y Lombardía. Zarparon el 19 de octubre, y tras una corta y feliz travesía de tres días entraron en contacto con las galeas de Blavet y se dispusieron al desembarco, esta vez en la propia Inglaterra.

Pero, cuando ya divisaban Falmouth, se desencadenó un enorme temporal que dispersó la flota, hundiendo siete buques y pereciendo mil hombres ahogados cuando tan cerca estaban del éxito.

Sin embargo, siete de los buques llegaron a su objetivo y pusieron en tierra a cuatrocientos hombres, que se atrincheraron esperando la llegada del resto. Tras dos días de espera, y al comprobar que la flota se había dispersado irremediablemente, reembarcaron y regresaron sin mayor contratiempo.

Aquella fue, con mucho, la mejor ocasión de alcanzar el tan deseado éxito, por más que la expedición fuera de objetivos limitados, dado que la fuerza de desembarco sólo era suficiente para conquistar algunos puntos y fortificarse en ellos a la espera de refuerzos, de una insurrección de los todavía abundantes católicos ingleses, o de una negociación diplomática.

Lo sorprendente es que una flota aún más numerosa que la «Invencible» no fuera avistada e interceptada por las escuadras británicas. Lo cierto es que, creyendo suspendidos los preparativos españoles, la escuadra inglesa, con

120 buques y otros 25 holandeses al mando del conde de Essex, Howard y Raleigh, había partido hacia las Azores pensando en interceptar la flota de galeones que rebosantes de oro y plata, traía de América el almirante Garibay. Pero Garibay supo burlar a sus perseguidores que, al volver frustrados a Inglaterra, descubrieron consternados que la habían dejado indefensa ante un terrible peligro. No es extraño que abundaran las acusaciones de traición y que se abriera juicio contra alguno de los mandos acusándolo de estar a sueldo del rey de España.

Así que, nuevamente y sin oposición, soldados españoles hollaron el suelo inglés, y sólo por los temporales la operación se frustró. No es extraño que la memoria histórica haya hecho responsable a «los elementos» del fracaso de la «Invencible» aunque, como es común, confundiendo y simplificando los hechos, reuniendo en una sola ocasión los hechos de tres expediciones distintas.

Una noticia consoló a los ya temerosos británicos: Felipe II firmó en 1598 la paz con Enrique IV de Borbón, al que aceptaba como rey de Francia al haberse convertido al catolicismo. En virtud del correspondiente tratado, les fueron devueltas las plazas de Blavet y de Calais, que tanta importancia tenían en una estrategia contra Inglaterra. Poco después, el agotado y enfermo «rey prudente» moría, legando a su hijo Felipe III el conflicto con Inglaterra.

Irlanda, 1601-1602

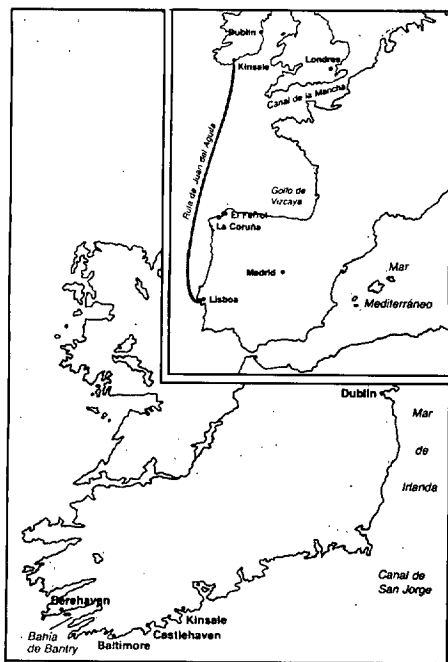
De nuevo se pensó en que la mejor estrategia era atacar al enemigo en su débil flanco irlandés, y para ello se escogió a don Juan del Águila, el esforzado e invicto caudillo de Blavet y de Bretaña, asegurándose el apoyo de los naturales gracias a la implicación de los condes de Tyrone y O'Donnell.

El 3 de septiembre de 1601 partía de Lisboa una escuadra de 23 buques al mando de don Diego Brochero, conduciendo a los 4.432 españoles que debían desembarcar. Ya cerca de su objetivo de nuevo se levantó un temporal, separando a los ocho buques de Zubiaur que, conduciendo mil hombres y muchas provisiones y municiones, tuvieron que recalar en Ferrol.

Pero el resto de la expedición desembarcó con felicidad al sur de Irlanda, en el puerto de Kinsale, el 2 de octubre, tomándolo sin resistencia. De nuevo se hicieron proclamas a la población, llamando a la insurrección contra el dominador inglés, y de nuevo la repuesta dejó que desear pues sólo se les unieron 900 hombres, mal armados y entrenados.

El virrey inglés, Mountjoy, reunió 6.000 infantes y 500 de caballería, dirigiéndose a cercar Kinsale apoyado por la escuadra al mando de sir Richard Levison. Al poco tomaron, no sin gran resistencia y pérdidas, dos de los baluartes exteriores: Rincurran y Castle Park.

Mientras, y al norte de la isla, O'Donnell y Tirconell habían levantado a casi tres mil hombres, pero esperando reunirse con el jefe supremo de la rebe-



Escenario irlandés de las operaciones de los soldados españoles capitaneados por Juan del Águila.

y porte de Zubiaur en Castlehaven. Pero el duro marino vasco no dudó: emplazando cañones en tierra para apoyar a su débil flotilla, rechazó por completo a la escuadra enemiga tras cinco horas de combate y recibir su insignia, *María Francisca*, más de 350 balazos, perdiendo al parecer cada bando dos buques. Hechas las oportunas reparaciones, volvió con el resto a España.

Mientras tanto, don Juan del Águila había aprovechado para efectuar una salida de Kinsale el 12 de diciembre. La operación constituyó todo un éxito, pues los sitiadores perdieron más de 700 hombres entre muertos y heridos y veinte cañones, por sólo un centenar de bajas los españoles. Pero los sitiadores recibían continuos refuerzos del resto de la isla y de la propia Inglaterra, llegando a sumar 12.000 hombres, por lo que la liberación de la plaza debía venir de fuera.

Por fin los líderes irlandeses, con 6.000 hombres, se dirigieron al combate, contactando en Castlehaven el 25 de diciembre con los españoles, que sólo pudieron reforzarlos con unos 200 hombres al mando del capitán Alonso Ocampo, pues los otros cuatrocientos traídos por Zubiaur los reservaron para custodiar los otros puertos ocupados. Urgía auxiliar Kinsale, y por

lión, O'Neill, se detuvieron en Tipperary, sin auxiliar a los españoles. Mientras, Zubiaur partió de La Coruña el 6 de diciembre con diez buques y mil hombres de desembarco, pero de nuevo los temporales se cobraron su tributo, perdiéndose uno y volviendo desarbolados a puerto otros tres, con lo que sólo seis con algo más de 600 soldados llegaron a Irlanda, constituyendo un valioso refuerzo moral para los ya comprometidos españoles, ya que desembarcaron en la cercana bahía de Castlehaven, por ser inaccesible Kinsale por el cerco y bloqueo naval. Con ellos, y poniéndose de acuerdo con los irlandeses, Zubiaur consiguió ocupar también otros puertos cercanos: Baltimore, Bantry y Berrhaven.

La escuadra de Levison no podía permitir aquel decisivo ensanchamiento de la cabeza de puente española en Irlanda, y con sus buques atacó a los muy inferiores en número

medio de mensajeros se concertó un ataque conjunto desde dentro y fuera de la plaza para romper el anillo inglés, fijándose la operación para el 4 de enero de 1602.

Sin embargo, el espionaje o la traición hicieron saber a Mountjoy lo que se preparaba, y dejando vigilada la plaza, se revolvió contra el débil ejército hispano-irlandés. A la primera carga de la caballería inglesa los novatos y mal armados irlandeses se desbandaron, quedando sólo los 500 de O'Sullivan resistiendo junto a los 200 españoles. Tras dos horas de lucha, y cuando ya sólo quedaban vivos dos oficiales y 37 soldados españoles, la heroica fuerza tuvo que rendirse. Más de mil irlandeses murieron aquel día.

En cuanto a la salida de la plaza, hecha ya a destiempo y con el enemigo crecido por su fácil victoria, no tuvo la menor posibilidad de éxito.

Todo aquello motivó que don Juan del Águila, privado de refuerzos desde España y de un apoyo decidido de los naturales, entrara en conversaciones para entregar Kinsale y los otros puertos, considerando que la resistencia era ya imposible. A muchos de sus hombres les parecía que era prematuro entregarse, pero al ya veterano jefe, victorioso en Blavet y Bretaña en otra campaña extenuante y con escasos apoyos, probablemente le faltó la constancia que antes había derrochado. El 12 de enero se firmó la capitulación, con todos los honores, «saliendo con banderas desplegadas, armas, artillería, municiones, bagajes, vituallas y tesoro», haciéndose extensiva a los demás puertos. Signo de lo que habían cambiado los tiempos es que los enemigos se trataron con toda cortesía y hasta cordialidad, cumpliéndose la capitulación, y siendo embarcados los españoles de regreso en buques ingleses. Unos seiscientos, víctimas más de las enfermedades que de los combates, quedaron allí para siempre.

Cabe imaginar el alivio con que se acogió la noticia en Inglaterra: una fuerza de menos de cuatro mil españoles, que nunca llegó a estar reunida, con muy poco apoyo eficaz de los rebeldes, se había hecho con no menos de cinco puertos del sur de Irlanda y habían tenido en jaque a su ejército durante cuatro meses, pese a no recibir ningún refuerzo importante, para al final capitular con todos los honores y cuando bien podían haber prolongado la resistencia.

O'Sullivan no se dio por vencido, y con su propia escasa gente y 50 españoles dispersos que se le unieron, defendió su propio castillo de Dunboy en la bahía de Bantry hasta su inevitable rendición el 3 de julio de aquel año. De haberse hecho lo mismo en Kinsale, con muchos más elementos, y pese a toda la lentitud del gobierno español, hubiera dado tiempo más que de sobra para enviar refuerzos de todas clases y, al menos, seguir teniendo en jaque al enemigo.

De hecho, don Juan del Águila fue sumamente criticado a su regreso a España, en abril de aquel año. Caído en desgracia, se retiró a pasar sus últimos años en su pueblo natal de Barraco, en la provincia de Ávila.

En el ánimo de la ya anciana Isabel Tudor tuvo que pesar de nuevo la comprobación de que sus costas no eran en modo alguno intangibles, y que en la primera ocasión en que los españoles se habían presentado con alguna fuerza, había costado mucho evitar el desastre. Sus ministros le recordaron que para mantener los 20.000 soldados del ejército de ocupación en Irlanda gastaba no menos de 300.000 libras anuales de entonces, y ello aparte de que la propia Inglaterra necesitaba protección.

La última amenaza

Recordará el lector los buenos resultados de las galeras que operaron en el Canal de la Mancha; pues bien, un joven capitán, Federico de Spínola, hermano del Ambrosio inmortalizado por Velázquez en su cuadro *La Rendición de Breda*, había decidido continuar aquellas operaciones, ahora desde bases en el Flandes español. Como primera medida llevó allí las galeras, todavía al mando de Amézola, y que se hallaban en Santander, a las que unió otras, sembrando al poco tiempo el pánico en la navegación mercantil de ingleses y holandeses.

Pero su plan último era el desembarco en Inglaterra, ocupando uno o dos de sus puertos, simultáneamente a la expedición irlandesa. Y así acudió a Flandes en el verano de 1600 su hermano Ambrosio con un ejército de 9.000 hombres, con órdenes expresas del rey de «no perder una hora». Sin embargo, las necesidades del teatro de guerra de los Países Bajos terminaron por imponer que la tropa quedara allí atendiendo a necesidades más urgentes.

Los planes, sin embargo, no se abandonaron y a fines de 1602 los reclutados llegaron a ser nada menos que 20.000 hombres y 2.000 caballos, pero de nuevo la fortuna favoreció a Albión, al morir heroicamente Federico Spínola de un balazo de cañón en el pecho, cuando con sus galeras atacaba a una escuadra holandesa el 25 de mayo de 1603. Con su muerte el proyecto perdió su mejor valedor.

Con la muerte de Isabel I, los amplios deseos de paz por ambas partes no tardaron en concretarse, y pocos meses después ésta se firmaba en Londres con cláusulas ventajosas para España: bien cierto era que Inglaterra preservaba su independencia y sus propios reyes (ahora los Estuardo, mucho más próximos a España), pero desaparecían las dos causas inmediatas de la guerra: se prohibía el corso contra los buques y poblaciones españolas, y cesaba el apoyo a los rebeldes holandeses, es más, se estipuló que los buques españoles podrían recalar en puertos ingleses durante sus operaciones contra sus antiguos aliados. Inglaterra no había conseguido un palmo de terreno en ultramar, y estaría en paz y hasta amistad con España durante los siguientes cincuenta años (salvo por su desastrosa intentona sobre Cádiz en 1625).

Drake, Hawkins y Frobisher, entre otros, habían muerto en la larga guerra, y Raleigh no tardaría en ser ajusticiado por sus compatriotas al pretender

proseguir su vieja forma de vida corsaria. Nunca llevaron los galeones más oro de América a España que entre 1588 y 1603. Ésta es la realidad de los hechos.

Conclusión

Como habrá podido comprobar el lector, en alguna más de las cinco ocasiones mencionadas tropas españolas desembarcaron en las islas británicas. Es más, en las tres ocasiones en que lo hicieron en Inglaterra no sufrieron daño alguno y sí los causaron importantes. En la única en que lo hicieron en fuerza en Irlanda provocaron una grave crisis en el sistema defensivo inglés, que de haber contado con mayores apoyos y alguna constancia mayor hubiera sido decisiva.

Del relato de los hechos, y dejando aparte la campaña de la llamada «Invencible», se habrá observado que en dos ocasiones, al menos, los intentos de invasión fueron abortados por los temporales, no por las escuadras enemigas, y que en la generalidad de los casos, si no se llegó a un éxito decisivo, fue más por los errores en planeamiento, concepción o ejecución de los planes por parte de los españoles que por las medidas defensivas de los ingleses. Resulta casi obligado hablar de una contumaz «buena suerte» de Albión, pero que esa situación no podía prolongarse indefinidamente y que el mutuo desgaste de ambos contendientes era mejor soportado por España, pese a luchar simultáneamente con otros muchos enemigos, que lo que podía aguantar la más débil Inglaterra, fue algo que supieron valorar muy adecuadamente los gobernantes ingleses de aquella época: frustradas las doradas expectativas abiertas por Drake y otros, tras años de una durísima guerra, comprendieron que poco tenían que ganar y mucho que perder con su continuación.

Y la constante amenaza española sobre las costas británicas, pese a todos los errores e insuficiencias, fue uno de los factores de peso en esa ecuación.

